

**Copyright 2012 by Camila Winter. El demonio de Saint James. Todos los derechos reservados, prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de la autora.**

Quiero dedicar esta novela a las lectoras de Wattpad por su apoyo y entusiasmo al leer parte de esta historia, y también agradecerles a todas y a cada una en especial por sus comentarios y palabras de aliento. Para ustedes esa historia paranormal a quien incluyo y bautizo como Regencia Oscura, por ser una mezcla de ambos sub-géneros, ansiando que disfruten su lectura entera y les agrade el final que anhelaban.

## **El demonio de Saint James**

**Camila Winter**

### **Prefacio:**

**En los principios Dios creó el cielo y el infierno, creó el mundo y luego al hombre...**

**Y mucho antes creó a los ángeles, esos seres invisibles que vivían para adorarlo. Excepto aquellos que se revelaron junto al gran Lucifer, y fueron**

**expulsados del paraíso y enviados al infierno y algunos enviados a la Tierra. Así reza la leyenda sobre el demonio y sus ángeles caídos.**

**Esta es la historia de estos seres celestes tan fascinantes, nacida de un cuento que se transformó en novela. Excepto parte de la historia de Samael, el resto es invención mía.**

## **Primera parte**

### **El pretendiente que llegó con la tormenta**

En Gravestone Manor, propiedad ancestral de los condes de Bradborough reinaba el silencio. Lady Anne, orgullosa y de regio porte, se pavoneaba inquieta de un sitio a otro.

—Madre, se ha nublado y tal vez haya una tormenta—dijo Sophie.

Su madre le respondió con un gesto de soberbia.

—Iremos querida, no me detendrá una llovizna. Sabéis que una fiesta como esta en el condado solo ocurre muy de vez en cuando y ...

Sophie asintió, obediente. Lady Anne la vio marcharse preguntándose por enésima vez qué había de malo en aquella joven de rubios bucles y rostro angelical. Era

su primogénita y contaba ya veinte años. Había tenido su fiesta de presentación y un enjambre de pretendientes. Pero oh, tragedia del destino, sus hermanas menores se habían casado antes que ella haciendo ambas dos buenos matrimonios, mientras que la pobre niña se quedaba sola una vez más. Ningún joven de buena familia la quería de esposa, eso murmuraban las comadres con malicia pero lady Anne siempre había hecho oídos sordos a las palabras necias. Ella no había sido tan bonita y era mucho más rolliza que la pobre Sophie, jamás supo lo que era tener un talle fino en su vida y sin embargo había hecho un estupendo matrimonio con el hijo del conde Arlington. Al igual que esa sobrina suya que se le parecía...

Y Sophie, que había heredado la belleza rubia de su familia y tenía una educación perfecta no tenía con quien casarse. Era injusto. Por eso tenía fe en que esa noche su suerte cambiara durante la fiesta de Lady Whilters.

La pobre joven suspiró observando el cielo encapotado a través de las ventanas, otra fiesta, otra ocasión donde buscar esposo. Sonreír, conversar y bailar...

\*\*\*\*\*

A mitad de la tarde se desató el feroz temporal de viento y lluvia pero lady Anne dijo que era una de esas lluvias de primavera que cesaban de repente...

Se apearon al carruaje, ante la mirada desalentada del cochero y recogieron sus faldas, cubriéndose con sendas capas oscuras. Sophie no se sentía tan valiente sino profundamente molesta con su madre por arrastrarla a una fiesta con semejante tiempo.

Todo estaba de cabeza ese día y llegarían a la fiesta con el borde de la falda embarrada y el cabello hecho un completo desastre. ¿Y aún en ese estado lady Anne esperaba que un regio candidato se fijara en su hija? ¡Debía estar loca!

Los caballos y el carruaje iban a gran velocidad soportando la lluvia y el viento, fuertes y tozudos, casi tan tozudos como la decidida dama que estaba dentro del vehículo, pero al llegar a un montículo, el cochero; un hombre sensato y conocedor de los caminos, detuvo a los caballos en seco y se negó a continuar el viaje.

De nada sirvieron los gritos de una enojada lady Anne, ni sus veladas amenazas. El camino estaba inundado en parte y el barro les enterraría primero a los animales y luego a ellas.

Lady Bradbough bramaba contra ese cielo rojizo lleno de relámpagos y truenos. Parecía la noche del demonio, todo estaba de cabeza ese día. Pero debían llegar a la fiesta como fuera... Sophie se negó a abandonar el carruaje y su madre tampoco lo hizo, la noche negra y tormentosa la espantaba.

—Buscaré un hostal señora, espere aquí por favor, sacaré a uno de los caballos e iré a investigar...

—Oh, no, pero ni se le ocurra dejar a dos pobres damas indefensas en este lugar. ¿Es que ha perdido el juicio, buen hombre?

Lady Anne estaba más asustada que furiosa a decir verdad, pero sus palabras no lograron detener al cochero que cumplió sus amenazas y las dejó solas en medio de un bosque, con el agua cayendo a raudales, hundiendo lentamente al pesado carruaje y a los animales que intentaban zafarse relinchando y moviendo sus patas.

—Oh, madre, moriremos aquí—fue lo único que pudo decir la joven casadera. Para luego agregar con ánimo sombrío: —Y la muerte será mi marido madre, mi amante.

—¡Cállate niña, deja de decir sandeces! Ten paciencia, pronto saldremos de aquí.

Pero lady Anne estaba tan nerviosa y sombría como su hija. ¿Qué podrían hacer? Si ese necio criado las había abandonado en medio de ese bosque con esa lluvia maldita

que arremetía todo con una furia incontenible... Hasta podía caerse uno de esos gruesos abedules y destrozar el carruaje y entonces tendrían una muerte horrible. La dama rezó en silencio procurando no pensar tanto.

Sophie comenzó a sollozar, el criado había desaparecido y el carruaje empezaba a hundirse junto con los animales. La situación era desesperada.

—Madre, debemos abandonar este coche y liberar a los caballos.

Pero lady Anne no pensaba hacer tal cosa. Debían esperar un poco más... El hombre regresaría pronto con ayuda.

Sophie sin embargo no se sentía tan confiada ni serena, sino al borde de un ataque de nervios. Tal vez era la reacción de una dama joven al enfrentarse a la muerte, lo cierto es que abrió la puerta y salió a la intemperie. Su precioso peinado quedó arruinado y su sombrerito voló muy lejos, pero ¿qué importaba? Debía salvar su vida y convencer a su obstinada madre de hacerlo también.

Entonces vio una luz cegadora y el relinchar feroz de un montón de caballos. Se cubrió el rostro para poder ver la luz que emergía de la negrura de la noche.

Estaba empapada pero supo que recibiría ayuda y antes de que pudiera avisar a su madre se encontró con un carruaje negro con un extraño escudo de donde salió su cochero y un misterioso caballero vestido de negro, cuya mirada amarilla la observó con fijeza. Ese fue el comienzo, una simple mirada, y el hombre supo que si la dama no estaba casada muy pronto sería su esposa.

Un hecho desafortunado y el destino.

Lady Anne fue ayudada a salir del carruaje y puesta a salvo mientras un grupo de robustos criados se encargaba de liberar a los caballos y llevarlos a la mansión de su señor.

El se presentó como Desmond Leighton de la mansión Saint James y lady Anne se quedó pensando que ese nombre le resultaba familiar. Su anfitrión insistió mucho en que le acompañaran y debido a las circunstancias no parecía haber mejor idea que esa.

La mansión campestre de Saint James era un lugar sombrío, o tal vez la oscuridad reinante hacía que todo pareciera macabro y extraño, o era ese bosque espeso repleto de rayos, lo cierto es que lady Anne sintió un escalofrío intenso recorrer su cuerpo. ¿Sería sensato pernoctar en ese lugar? Ese hombre no dejaba de mirar a su hija, y tal vez no fuera del todo honorable. Y ella esperaba casarla bien, y que ningún tunante se aprovechara de ella y luego la abandonara. Su hermana Agatha le había contado ciertas historias escabrosas sobre una joven de buena familia que confió en un gentil hombre y luego terminó encinta, y abandonada...

Apartó esa historia y se concentró en la vista del comedor, había retratos familiares muy coloridos, alfombras persas, jarrones chinos muy valiosos y una opulencia llena de buen gusto... Muebles antiguos, relojes y un cuadro que parecía de la virgen y el niño. Oh, su anfitrión debía ser papista... Bueno, ese no era un gran defecto, debía ser tolerante.

—Por favor, les ruego que acompañen a las damas a sus habitaciones para que puedan cambiar sus ropas mojadas.

La voz profunda del caballero la hizo estremecer. Obedecieron al instante. Al parecer el joven había pensado en todo pues en la habitación encontraron vestidos nuevos para cada una, tan hermosos que lady Anne se preguntó si acaso serían las damas de la mansión, y si una de ellas sería la esposa del señor de Saint James.

Sophie sin embargo no creía que lord Desmond fuera un seductor, ni que esa mansión fuera un lugar macabro. Solo notó que era un sitio solitario pues además del

caballero y sus sirvientes no había parientes, ni esposa... ¿Sería casado? Un señor tan importante, dueño de un señorío como ese debía tener esposa o necesitar una.

—Por favor, deben descansar, más tarde servirán la cena. Mis criados les escoltarán a sus habitaciones. —había insistido él.

Los ojos amarillos las habían estudiado y se habían detenido en ella más tiempo del recomendado. Pero era un hombre discreto, y controlado y no deseaba despertar sospechas. Sophie se había ruborizado intensamente al recordarlo y ahora estudiaba la habitación con curiosidad.

—Buen gusto, oh, mirad esas alfombras.

Sophie miró distraída mientras se cambiaba el vestido y buscaba unas zapatillas secas.

—Oh, qué afortunadas fuimos queridas, que el cochero encontrara a este caballero en el bosque. Pudimos morir con esa tormenta.

Su hija no quería pensar en eso y buscó un espejo para ver su cabello, debía estar espantoso... Lo arregló como pudo, el sombrerito había desaparecido pero aún tenía las cintas, las deshizo con habilidad y volvió a atar los bucles. Sus mejillas estaban rosadas, encendidas del entusiasmo. Era la primera vez que un caballero despertaba su interés después de la boda de sus hermanas.

De pronto se sintió viva de nuevo y entusiasmada.

Bajaron a cenar. En el comedor crepitaban leños en una gran estufa. El fuego la atrajo como un imán. Y luego vio sus ojos, tan amarillos e intensos como el calor que parecía consumirla lentamente. El no la perdía de vista y tuvo la rara sensación de que leía sus pensamientos pues se acercó y la invitó a la sala contigua donde aguardaba una cena opípara y sabrosa.

—¡Oh, qué hermoso lugar! Es usted tan amable, realmente hemos sido afortunadas caballero. Una noche infernal como esta...

El sonrió haciendo una reverencia sin perder de vista a Sophie, de quien parecía fatalmente enamorado.

—Una gran imprudencia fue salir con este tiempo, pero fue una imprudencia afortunada para mí—dijo él.

Y quiso saber a dónde iban esa noche... Lady Anne respondió sin reparos que iban a una fiesta, pero su anfitrión seguía intrigado, y sin recibir más explicación que esa se dedicó a devorar el estupendo festín servido.

La dama de más edad creyó oportuno romper el silencio hablando de Gravestone y de las recientes bodas de sus dos hijas. Pero notó que el caballero no le prestaba demasiada atención, sino que parecía embelesado con su hija.

Observó que sus modales eran exquisitos, pero su aspecto algo peculiar. ¿Sería viudo por eso llevaba luto? ¿Y de dónde era exactamente? No parecía inglés, sino español, o francés, su cabello era muy oscuro y su tez levemente cetrina. Eso explicaría el cuadro religioso en la entrada, los españoles eran muy católicos... También los franceses de Paris...

Sus ojos amarillos hacían el contraste y su nariz y labios gruesos... Oh, había conocido a un hombre que tenía labios parecidos y era un jugador nato, además de tener una vida disipada.

—Caballero, lamento tanto generarle estas molestias. Pero realmente nos ha salvado esta noche, ese carruaje estaba hundiéndose—la dama creyó oportuno interrumpir ese flirt. Era necesario saber quién era ese hombre y por qué vivía solo. ¿Dónde estaba su esposa?

Pero el hombre era demasiado astuto para lady Anne y dijo que no era ninguna molestia y que siempre era un placer ayudar a dos damas en dificultades.

Luego habló de su familia, quien se encontraba de viaje por el extranjero. Y no, no tenía esposa, era soltero y parecía muy celoso de su “soltería”.

Las velas del candelabro se consumían lentamente y Sophie bostezó cansada. Demasiadas emociones para una noche, la tormenta, el carruaje a punto de hundirse en el lodo y ese hombre misterioso y extraño...

Cuando llegó a la cama se durmió al instante ignorando por completo al ser que la observaba en la penumbra con sus deseos ardientes y sofocados. Oh, era una criatura encantadora, tan frágil y menuda, debía poseerla...

Frente a su cama habría podido desnudarla, someterla al deseo infernal de su virilidad, llenarla de caricias desconocidas... Pero no pudo. Una fuerza extraña se lo impidió. No supo qué era pero echó unas maldiciones que habrían horrorizado a lady Anne de haberlas oído. Se alejó como una sombra, en silencio preguntándose qué podría ser más poderoso que un deseo insaciable.